

CAPITULO III

LA CIUDAD EN LOS DOS PRIMEROS SIGLOS DE SU
EXISTENCIA.—LA CATEDRAL.

Los religiosos franciscanos, que habian extendido sus misiones estableciéndose en el pueblo de Tetlan, comenzaron a enriquecer con hermosos edificios la ciudad; pues viendo que habia ya seguridad de que no sufriera una nueva traslacion y buscando un centro mejor para su propaganda, se cambiaron a lo que hoy es un barrio de la ciudad, llamado Anasco y en esa época era un pueblecillo con el nombre de "La Salud." Inmediatamente comenzaron la obra del gran templo y claustro de lo que definitivamente fué el convento de S. Francisco.

Poco a poco adquirió creces la nueva poblacion y a principios del siglo XVII ya tenia tal importancia que los reyes de España la hicieron cabecera del Obispado que suprimieron de Compostela, y además, residencia de la Audiencia que se nom-

bró para lo que entonces se llamaba "Nuava Galicia" segun hemos referido

Como era natural, dado el espíritu de la época y la circunstancia de que los religiosos trajeron el poderoso elemento de la civilizacion, tomaron para sí y para las demás comunidades de ambos sexos, los principales lugares de la poblacion construyendo templos y monasterios bajo el sistema mismo de las demás ciudades que fueron edificando los conquistadores:

Sucesivamente y despues de San Francisco se edificó la Catedral, (que conforme a una inscripcion que se encuentra en el interior de ella, fué comenzada el año de 1616 y concluida un siglo despues) Santa Maria de Gracia, San Agustin, Santa Mónica, Jesus Maria, Santa Teresa, "El Cármen," "La Merced," "El Beaterio" y por último el Santuario de Guadalupe y San Felipe Neri.

LA CATEDRAL se fundó a instancias del segundo obispo de la diócesis, Sr. D. Pedro Ayala, poniendo él personalmente la primera piédra el 31 de Julio del año citado, bajo el proyecto del célebre arquitecto D. Martin Casillas. El frente de este bellísimo y magestuoso edificio está al P. donde hay una plazuela limitada al N. por el palacio arzobispal, al S. por uno de los portales y al O. por edificios de particulares; al lado N. de esta

basílica, está la plazuela de la Soledad, al S. el Sagrario, y dá la espalda á la calle del Seminario.

Su planta tiene la forma de un paralelogramo cuya longitud es de 78 metros por 33 de latitud. Está dividida en su interior por dos naves laterales y una principal, cuya direccion es paralela á su longitud: sus bóvedas, de arista, cargan sobre cuarenta y ocho arcos de punto redondo, que rompen á una misma altura sobre treinta hermosas columnas de orden dórico, (que es el que reina en todo el interior) de las cuales las diez y seis correspondientes á los lados N. y S. de la nave principal, están formadas por grupos de cuatro cada uno. En la nave central y bajo su penúltima bóveda, se encuentra colocado el altar mayor, el cual en otra época era un ciprés de plata y ahora es de marmol blanco, de gusto muy exquisito, con adornos de bronce dorado. Cuatro magníficas estatuas de dos metros, de marmol de Carrara, representando á los evangelistas, adornan sus ángulos. Este grandioso monumento fué mandado traer de Génova, por el Sr. Arzobispo D. Pedro Espinosa en 1863 y costó 30,000 pesos. Apoyados en los muros hay once altares de orden corintio, conteniendo imágenes trabajadas por los mejores escultores del siglo XVII. En otra época decoraban el templo más de treinta candelas de plata, seis blandones im-

periales y otros muchos paramentos del mismo metal, que ahora son de bronce dorado.

La Catedral tiene tres puertas al P. las que dan salida á un extenso átrio cerrado por una magnífica verja de hierro adornada con bronce dorado, que mandó colocar el Sr. Espinosa. En el costado N. del edificio hay otra puerta que le dá salida para la plaza de la Soledad y tiene además otras puertas que comunican con la sacristía y demás oficinas anexas que están colocadas á los lados O. y S.

Hasta el año de 1827 el coro estuvo cubriendo la entrada de la nave central; fué cambiado al extremo opuesto de la misma nave, bajo la direccion del arquitecto D. Mariano Mendoza, quien además construyó sobre el nuevo coro la cúpula que hoy tiene.

Debajo del coro existe la cripta en que se conservan los restos de los obispos de Guadalajara.

Elévanse sobre el frontis del edificio, en los ángulos P. S. y P. N. dos esbeltas torres que tienen una altura total de 70 metros: descansan éstas sobre la cornisa general, de la que se levantan los dos primeros cuerpos en forma de planta cuadrada, que tienen 5 metros por lado y 11 de elevacion, sirviendo de campanarios. Su ornamentacion pertenece al orden

teocano: sobre éstos están colocados un segundo cuerpo de 5 metros de altura que sirve de base á la gran pirámide octogonal con que termina cada torre. Los adornos del segundo cuerpo son grandes lucernas de forma oval sobre las cuales están colocados hermosos escudos con las armas de la Iglesia. La distancia que hay entre las torres, es de 23 metros: en este tramo se encuentra colocado un gran semicírculo que corona el edificio, ornamentado con estilo ojival y en su centro está el reloj. En el cubo ó pié de ambas torres existen capillas, una de las cuales la del lado S. pone en comunicación la Catedral con el Sagrario.

La campana mayor de este gran templo, fué consagrada con el nombre de María, y pesa cuatrocientas arrobas.

Durante todo el siglo XVII la ciudad no pasó de un corto perímetro, y aunque era la capital de la vasta presidencia de "Nueva Galicia, su población, según todos los datos, nunca ascendió á más de 20,000 habitantes.

En los primeros siglos sufrió Guadalajara grandes quebrantos con las frecuentes erupciones de los volcanes de Colima, "El Ceboruco" y aún con el llamado "Cerro del Golli" que se halla situado en las cercanías de la ciudad, como se ha dicho.

El año de 1760, un fuerte y prolongado temblor ocasionado

por tales erupciones, arruinó muchos edificios, contándose entre las principales desgracias que produjo, la caída del fróntis de la Catedral y la de haberse secado por algun tiempo el manantial conocido con el nombre de "El Rosario." Sin embargo, en esa época el comercio florecía, las artes y la industria estaban en su apogeo, la agricultura prosperaba notablemente y los comerciantes llevaban sus efectos hasta las lejanas provincias de Tejas y Nuevo México. En el siglo XVIII todas las tribus y pequeños reinos estaban del todo sojuzgados.

Los hijos de los conquistadores se habían enriquecido hasta el exceso; y como ningun punto del litoral del Pacifico les ofrecía las grandes ventajas que Guadalajara, casi todos los que poseían negociaciones agrícolas, industriales ó mercantiles en lugares remotos, como California y Chihuahua, formaron casa y solar en "La Capital de Nueva Galicia," dando por resultado que el censo de la ciudad aumentara notablemente. Mota Padilla, que escribía á mediados del referido siglo, asegura que la ciudad tenía más de cien mil almas.

Los efectos de industria del país habían adquirido gran reputación y por lo mismo tenían tal demanda, que los gremios de artesanos, con dificultad podían dar cumplimiento á los innumerables pedidos que se les hacían de todas partes.

La fama de Guadalajara llenaba la nueva España y llegando hasta Madrid, el Rey se propuso favorecer el comercio de las otras provincias poniéndolo en contacto íntimo con el poderoso mercado de la "Nueva Galicia," y expidió un decreto estableciendo la "Feria de San Juan," que por más de ciento cincuenta años ha sido la más grandiosa del país.





ANTONIO ALCALDE,
Filantrópico Obispo de Guadalajara.

CAPITULO IV.

FRAY ANTONIO ALCALDE.—CURIOSA TRADICION.— EL HOSPITAL DE BELEM.

Al aproximarse el año de 1771, Guadalajara recibió poderoso impulso con la llegada de un notabilísimo benefactor que no ha tenido igual, estamos seguros, no solo en aquella zona, pero ni aun en todo el territorio mexicano. Fué trasladado del Obispado de Yucatan al de Guadalajara Fray Antonio Alcalde, originario de España, y de la órden Dominicana, cuya promoción vino á hacer época en los fastos de aquella ciudad. Con grandísimos poderes se presentó á su nueva diócesis, pero con más suma de caridad, se dedicó á beneficiar al público, á los pobres en particular y á la humanidad doliente en general. Propicia oportunidad se le presentó al poco tiempo, para ejercer sus filantrópicos instintos. El terrible año de 1786 llamado *del hambre*, había comenzado con todo su horror.